

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVII

MADRID, 7 DE OCTUBRE DE 1923

NÚM. 20.182

ANACREONTE A TRAVÉS DE LAS ÉPOCAS

No se encuentra asistido de razón Quintana cuando erige a Villegas en padre de la anacreóntica española, por cuanto las *Eróticas* de don Esteban Manuel dimanan de 1618, y la paráfrasis, traducción y comentario de Quevedo llevan fecha de abril de 1609. Hasta entonces nadie se había ocupado seriamente en España del lírico jónico, «famoso autor en todas lenguas y no visto en la nuestra», como pudo sostener el gran don Francisco. Ciertamente el conde de Haro, don Juan Fernández de Velasco, hizo una traducción en verso—se ignora si total o parcial—de Anacreonte, antes de 1582; pero se ha perdido casi completamente, no conservándose sino algunos versos citados por Herrera en un *Opúsculo al Prete Jacopín*.

Y he aquí ofrecérsenos ahora motivo para una curiosa disertación. Se ha dicho — y ojalá pudiera demostrarse — que la primer anacreóntica española se debe al dulcísimo e incomparable Gutierre de Cetina; aquella que comienza:

De tus rubios cabellos,
Dórida, ingrata mía...

Esta anacreóntica imitación muy libre de la oda XXXIII del código palatino (hoy parisino):

Mesonyktiois not' hō'raís ...

se la atribuyó a Gutierre de Cetina López de Sedano en su *Parnaso Español*. No dijo de dónde la tomaba, ni adujo autoridad que fortaleciese su pertenencia. Y como no ha sido posible hallarla entre los papeles del sevillano, por lo que expondré a continuación, la juzgo espuria. Nadie ha de extrañarse de que Sedano se la colgara. Sedano, en ese mismo *Parnaso*, le colgó a fray Luis de León muchas composiciones apócrifas, y a Bartolomé Leonardo de Argensola la *Canción real de una mudanza*, que es de Mira de Amescua, y como de tal corría ya impresa en Zaragoza, 1654, aparte el testimonio de Gracián.

Que la expresada anacreóntica no puede ser de Cetina queda probado con sólo indicar que hasta 1554 no se puso a la venta en París la edición príncipe de las *Odas de Anacreonte Teño* (*Anakreontos ténoy méte*), descubiertas y publicadas por Enrique Esteban.

No es verisímil, ni hay que pensar en ello, que Gutierre conociera la parte menor de la *Antología palatina*, de que gozaba el inglés Juan Clemente, estante en 1551 en Lovaina, aunque el madrigalista, como militar, recorriese el Extranjero y acompañara a la corte por Italia y Alemania.

Igual puede aseverarse de los demás códices, si acaso habría dos, *quorum unus in cortice scriptus fuerit, alter in charia*, de creer a Estienne. Y todavía un tercero, semejante al palatino, por cuanto en la *Antología de Planude* no consta la oda en cuestión. Llevando las cosas por el camino más favorable, habría que suponer que Cetina sabía griego. Mas todo se estrella ante el hecho de que, desengañado de la corte, vuelve a Sevilla, y

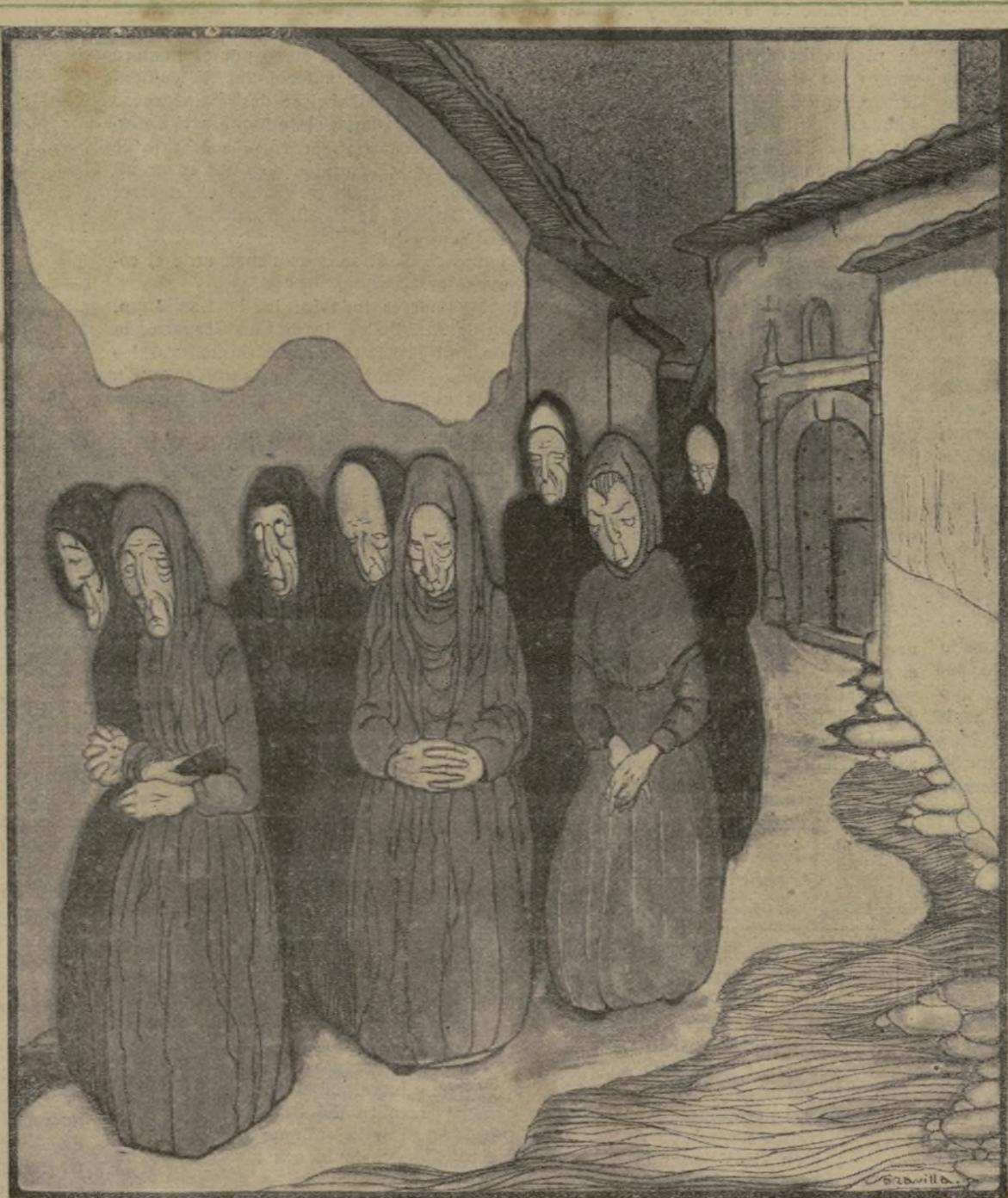
en 1546 pasa a Indias acompañando a su tío Gonzalo López, procurador general de Nueva España, y de que en 1554 (precisamente el año mismo en que se publican en París las *Odas*), al mes de residencia en Puebla de los Angeles (Méjico), a las diez de la noche del primero de abril, domingo de Cuasimodo, recibe dos estocadas, de cuyas resultas debió de morir de allí a poco, una de las cuales le atravesó la cabeza desde por encima de la oreja izquierda hasta la nariz por debajo del ojo. Estocada terrible, de la que le quedaron colgando algunos huesos, dada de improviso por un miserable, Hernando de Nava, al pie de las ventanas de doña Lecnor de Osma; joven de veintidós años, casada con el doctor De la Torre... Célebra y dramático

lance, por los disturbios a que dió lugar. Otra anacreóntica antigua es aquel romance:

Por los jardines de Chipre
a el niño Cupido...

de autor igualmente ignorado, aunque algunos falsamente se la atribuyan a Lope. Era ya conocida de Quevedo (que no hubiera llamado el nombre del dramaturgo) y la calificó de «compostura de que España es inventora, como de otras cosas que en materia de letras dan envidia a los extranjeros, que, a fuerza de sudor y trabajo, apenas alcanzan a entenderlas».

Ilustres anacreontistas fueron también don Francisco Trillo y Figueroa, que publicó (Granada, 1650) siete odas traducidas parafrásticamente del latín; don Agustín de Salazar y Torres, que dió a conocer una (Madrid, 1694), vertida en forma de madrigal; don Ignacio de Luzán, que incluyó dos en su *Poética* (Zaragoza, 1737); don Cándido María de Trigueros, cuyas anacreónticas se guardan manuscritas en la Biblioteca Colombina de Sevilla; los hermanos don José y don Bernabé Canga Argüelles (Madrid, 1795), traductores y comentaristas esmerados, así como don José Antonio Conde (Madrid, 1746), escritor de múltiples conocimientos por otra parte; don Nicasio Alvarez de Cienfuegos (1798), entre cuyas poesías sobresalen cuatro anacreónticas; el Padre Fray Diego González, del Orden de San Agustín (1812); don José del Castillo y Ayensa (1832), el mejor traductor y comentarista castellano después de Quevedo; don Graciliano Alfonso (Puerto Rico, 1838); don Juan Arolas (Valencia, 1850); el P. José Petisco, de la Compañía de Jesús (Villagarcía, 1761), que publicó una edición grecolatina de veinte odas de Anacreonte, al pie de cada una de las cuales se incrusta el análisis mezclado con la traducción; don Lázaro Bardón y Gómez (1856), que editó un texto griego con nueve odas; don Raimundo González Andrés (1859), divulgador en su *Manual práctico de la lengua griega* de seis de ellas, con texto griego y buenas anotaciones; don Antonio Bergues de las Casas (Barcelona, 1861), autor de comentarios gramaticales a cuatro anacreónticas; otras cuatro griegas incluyeron los Padres Escolapios (Madrid, 1865) en su *Nueva colección*



DESPUES DEL SERMÓN.—DIBUJO ORIGINAL E INÉDITO POR SORAVILLA

de autores selectos. Asimismo anotaron y vertieron algunas odas del cantor jónico don Luis García Sanz (1851) y don Valeriano Fernández Ferraz (1863).

Aficionado al estilo anacreóntico fue también Manuel Corchado, que en la *Revista de Andalucía* (1876) insertó la versión métrica de cuatro anacreónticas, aunque no directamente del griego, y don Marcelino Menéndez Pelayo, que realizó lo propio en sus *Estudios poéticos* (1878) con cinco de ellas. Una hermosa versión, la más estimable sin duda en cuanto a riqueza bibliográfica, es la de don Federico Baráibar, y un magnífico estudio crítico, la tesis doctoral leída en 1878 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid por don Antonio Rubió y Lluch.

Merecan recuerdo, además, don Ignacio Montes de Oca y don Vicente Colorado como traductores anacreónticos. Algunos modernos podrían añadirse, de no tratarse de simples traductores familiares del francés.

Como se verá, esta labor es de trascendencia y no justifica el silencio del profesor italiano.

Que no sólo en el idioma de Castilla ha tenido fortuna Anacreonte, sino también en las lenguas de las demás regiones españolas. Los señores Rubió y Lluch, y Rénny y Villadot, entre otros, le han dado a conocer en catalán; don José Manterola, en vascoence, dialecto guipuzcoano, y don Florencio Vaamonde, en gallego.

He aquí sucintamente expuestos los lunares que hallamos en *Anacreonte e la sua fortuna nei secoli*.

Excusados, nos descubrimos respetuosamente ante el doctísimo libro y la maravillosa labor de Michelangeli.

Luis ASTRANA MARIN

Un novelista desconocido

Aunque no creo en los genios desconocidos, hay, sin embargo, algunos espíritus solitarios que se obstinan en permanecer al margen de la vida, ocultando las obras de su ingenio, como un pecado, sin que la gloria ni su hermana menor, la popularidad, ejerzan sobre ellos su fascinación de sirenas. El caso de Carlos Mendizábal no es único. Bien haría «Azorín» en dedicar un comentario al novelista de *Pigmalion y Galatea*, dándole el espaldarazo con su autoridad de crítico máximo. Mendizábal, jefe de Ingenieros, ya muy maduro, separado de tertulias literarias y de la vida periodística, publica su primera obra, uno de los pocos libros nobles, de alta aspiración ideológica, de esta época. Más que novela es un poema. La tragedia de Lucifer—la satánica inteligencia humana que quiera ser Dios—. El doctor Ratenow es el genio humano, la magia científica, que le ha ido arrancando todos sus secretos a la Naturaleza a fuerza de paciencia, de abnegación y de estudio. ¿Puede un hombre llegar a ser el creador de la materia? ¡Oh, sí, indudablemente! Este doctor electrólogo, con su misterioso aparato, llega—ésta es la apoteosis de Satanás—a crear una mujer viva, copia de otra criatura dulce y cristiana, de la que está enamorado el doctor. Fisiológicamente son idénticas. Esta hija de la Andreida de Williers de l'Isle Adam es un sér orgánico completo. No tiene por pulmones dos fonógrafos de oro, sino un perfecto mecanismo humano. Pero el doctor, que supo hallar las formas e impulsar el movimiento e infundir a sus creaciones la misteriosa corriente biológica, comprendo, al fin, que

ha fracasado, porque su aparato no ha sabido más que copiar la figura. El alma de Rosa no está allí; lo que hay de divino, de adorable y de inmortal en la mujer que él ama, no está allí... En su fracaso, el Lucifer de la humana ciencia destruye su obra en un capítulo de sombría grandeza. Es una novela a lo Poe, a lo Wells, a lo Williers de l'Isle Adam. La imaginación poderosa, clarividente, con luminosas intuiciones, se apoya firmemente en la cultura científica. La musa y la matemática van del brazo. El genio de Poe fué consecuencia de su gran talento científico.

Pero el novelista no ganará dinero, no agotará su edición; más aún: no conseguirá vender un centenar de ejemplares, aunque haya hecho una obra noble y bella, una novela henchida de esencia intelectual, de esfuerzo y de cultura y encendida por misteriosas luminarias espirituales. Pero como él es un escritor

y no un mercader, estará satisfecho, porque sabe que no se debe escribir para las pasiones o los gustos del momento. El porvenir es infinito. La aspiración es crear para el futuro, ya que no sea posible hacerlo para la eternidad.

Parece que el costumbrismo novelesco va pasando de moda, y que los novelistas prefieren crear una realidad superior, su mundo mental, a copiar la realidad exterior. La novela de amor tiene su público de gente joven y de señoritas de «cabaret», y seguirá alcanzando grandes tiradas, ya que los mejores ingenios se dedican a cultivarla; pero existe, sin duda, una norma más pura, más intelectual, más artística, preferida por ciertos espíritus, argonautas del mar de la Utopía, en cuyo áureo archipiélago, antes que Luis Araquistain, nuestro gran escritor, ya había clavado su pendón intelectual el corrosivo Voltaire.

Emilio CARRERE

Un jardín del Renacimiento

Ala entrada del pueblo, por la calzada de la Fontanilla, a mano derecha, hay un jardín abandonado. Nadie le visita jamás. Una puerta de medio punto le sirve de entrada; unos pobres jardineros le cuidan y regalan en la soledad; junto a los anchos cenadores de piedra lucen las lechugas sus hojas verdes y sus sabrosos cogollos blancos. Luego, entre los árboles frutales, hay columnas de alabastro que sirven de testeros, escudos ducales en los muros, escalinatas de piedra comidas por el abandono y la desidia, un leoncillo de rizada melena que ruge en el silencio y unos graciosos remates de piedra adosados a la casita campesina. El jardín abandonado es el residuo de la residencia veraniega de don Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba y de Piedrahita, gran capitán de los Ejércitos de su majestad católica y cristianísima don Felipe II, de la Casa de los Austrias.

Desde el jardín abandonado se descubre un paisaje, familiar a los amantes y devotos de nuestra lírica castellana. Sobriamente lo ha trazado el caballero Garcilaso en su Egloga segunda. Una vega «grande y espaciosa» se alza en la ribera verde y deleitable del «dulce y claro Tormes». La vega es siempre verde; lo mismo en el invierno frío que en el ardiente verano. Al final de ella álzase una ladera «de proporción graciosa en el altura»; las orillas del río, decoradas y bordeadas de chopos y de negrillos, dan una nota de intimidad y de dulzura al paisaje. De la proporcionada y pizarrosa ladera surge el caserío de la vi-

lla de los duques. Garcilaso conoce muy bien este caserío, porque lo ha contemplado mil veces, a la puesta del sol, desde el jardín.

Miradlo; aquí a la derecha, sobre la ladera, está sobrepuesta «la espesura de las hermosas torres». No son tan estimadas por su fábrica como por el nombre que le han dado sus señores. El campanil de Santa Isabel se destaca vigoroso sobre el horizonte; el de San Martín, después, panzudo y socarrón, sobresale de los aleros y tejadillos de unas casas aldeanas; cuadrada y grande es la torre del Concejo de Santiago, donde plañen sus cuitas las doncellas y se dirimen enojosas cuestiones de usura ante el corregidor.

Más torres todavía: la de San Juan, la de San Pedro, la de San Gregorio, la de San Miguel; la graciosa ladera, los patios y cuadras del castillo, enfrente. Más allá, el alto del Carpio, separado del monte del Arapil por el Tormes. La mancha blanca de la Sierra de Gredos, del otro lado; manchones de encinares. ¡Oh, el paisaje de mi infancia, el paisaje de Garcilaso, soldado, caballero y poeta, que se columbra desde el jardín abandonado!

Es la hora de la puesta del sol. Solos, en grata comunión con las cosas, hemos venido de paseo esta tarde por la calzada de Peñaranda, ganando luego, en un atajo, el camino ruerto de La Fontanilla. Y hemos entrado en el jardín. El leoncillo gracioso, traído seguramente de Italia por los duques, ya no descansa en su soporte de piedra. Se han llevado

unos alabastros donde dos angelitos, carirredondos y bobos, sostienen un escudo, alzando sus ojitos infantiles al cielo.

Las barandas de unas escalerillas de piedra están desconchadas y rotas. No sombrean las parras en los cenadores del jardín ducal. Hay menos rosas que el año pasado. La tierra negra bebe, sedienta y apelmazada; el jardincito se ha dividido en parcelas—patatales, lechugales—, y pocas, muy pocas, rosaledas.

En esta hora de la puesta del sol, sin embargo, el jardín se anima y cobra su alma pretérita así que se inician las sombras de la noche. Una luna blanca y lechosa platea el paraje. El río, los regatos, las barbecheras, son como focos de luz en la noche. En esta hora de la puesta del sol, Garcilaso abandona las salas del castillo para departir con esta dama rubia y portuguesa, Isabel de Freyre, que se conmueve con la dulzura y la terneza de las trovas que compone el joven caballero toledano. A las veces, se me antoja que les oigo departir. Sobre la frente—toda luz—de Isabel ha estampado un sonoro beso el caballero. Las rimas de Silicio y Nemoroso empiezan a brotar, torpes y balbucientes, en el espíritu conturbado del trovador. Desde aquí, desde este pobre jardín ducal, es muy grato releer las églogas de nuestro gran lírico, porque el espíritu libre, sensual y contenido del Renacimiento pasó por este lindo rincón, abandonado hoy a los afanes de unos pobres jardineros. Garcilaso cantó la vega de su juventud. Andanzas de amor y oficiosos cuidados de gentileza a los Toledo trajéronle a ella:

Llévete a aquella parte el gran agujero de aquella tierra de Alba tan nombrada, que éste es el nombre de ella...

Y en este jardín queda el perfume de su gracia y de su decoro todavía.

José SANCHEZ ROJAS

LIBROS RECIBIDOS

La Villa de las siete estrellas, por Pedro de Répide, cronista de Madrid.—En este primoroso libro, lleno de amenidad y de interés, Pedro de Répide, con su bello estilo, del más puro oro clásico, nos describe aspectos históricos, cosas y leyendas de la villa y corte, que nadie como él conoce, con esa respetuosa cordialidad filial que Pedro de Répide siente siempre que dedica sus escritos admirables al comento de Madrid.

Viaje a Holanda, y paseos y recuerdos, prosas de Carlos Baudelaire, traducidas al castellano por Eliodoro Puche.—Eliodoro Puche, el exquisito poeta, después de verter a nuestra lengua con acierto admirable otras obras del mismo poeta francés y de otros autores de universal nombre, acaba de publicar una selección de prosas del divino Baudelaire, en cuya traducción se conserva todo el espíritu y el aroma de esas páginas inmortales.

Lirica heroica (tercer volumen de la Antología Americana), publicada por Alberto Ghirardo.—El ilustre poeta y dramaturgo argentino no descansa en su meritoria obra de darnos a conocer, por medio de una antología, a base de la más escrupulosa selección, lo que hay de perdurable en la literatura americana, desde los días de su independencia. Este tercer volumen que acaba de salir a la luz pública, dedicado a la *Lirica heroica*, descubre poetas de grandioso estro y contiene composiciones de incalculable belleza.

LOS GRANDES POETAS

Amor de preso

—¿Mi vida?... ¡Mi vida!...
¡El renunciamiento
de una hoja caída,
o una pluma al viento!...
¡La doy por perdida,
y a llorar me siento
en la torre húmeda
de mi pensamiento!...
—Entre escombros vivo!...
¡Quien vivió pensando
amará sus penas!...
—Yo sé de un cautivo
que murió besando
sus propias cadenas!...

La sombra de Don Juan

—¿Volverás?—murmura
la niña al galán.
—¡Mi honor te lo jura!—
respondió Don Juan...
Ciñe su cintura
con amante afán,
y huye por la oscura
sombra del zaguán...
Por la callejuela,
cerca de la casa,
al amanecer
resuena la espuela
de Don Juan que pasa
¡para no volver!...

Francisco VILLAESPESA

PÁGINAS DESCONOCIDAS
DE NUESTROS CLÁSICOS

DOS ROMANCES Y UNA LETRILLA DE QUEVEDO

Pinta lo que le sucedió con una fregona

Ya que al Hospital de Amor
me trajeron disparates,
dónde pasmada mi bolsa
está con los incurables,

escuchadme, los que un tiempo
fuisteis del Amor cofrades,
os contaré una aventura
como caballero andante.

Saliendome essotra noche
(pluguiera a Dios y a su madre
que el alma se me saliera
primero que yo a la calle)

con mas ambre que no amor,
pues iban, de pura ambre,
con telarañas las tripas
y con polvo los gaznates,

la Luna, entre clara y yema,
alumbraba a los mortales,
que mi gana de comer
buscó apodo semejante:

andava' muy poco a poco,
porque, con los frios grandes,
dos sabañones de a libra
honrraban mis calcañales.

Viendo estrellada la noche,
la noche quise cenarme,
pero quando halla consuelo
quien nació en signo de Canzer?

Tropezé y cai: no piensen
que de pribanzas reales,
sino de los pies mas malos
que han visto nuestras edades.

Di de ozicos en un charco
sucio, pero hallé un potaje
de peregil digerido,
con su puntica de carne.

Mas tan estadizo' estaua
que las narices más cañes
por no olerlo, bolarian,
como pudieran a Flandes.

Al ruido del «agua va»,
salió una fiera a mirarme,
con un candil en la mano
y una cara de vinagra.

Tuvene por San Anton
al ver tentaciones tales,
porque en traje de fregona
se me acercó un elefante.

Abrio la boca y rióse;
creí que quería tragarme,
vallena del golfo sucio
como a un Jonas miserable;

mas oiéndome quexar,
se acordó de sus piedades,
y diome la mano, para
tomar tierra en aquel margen.

Preguntauame si auia
pezes en aquel estanque,
viendo que liebres tomava,
dónde era essotro mas facil.

Sali, en fin, tan mal parado,
que, compasiva, al mirarme,
me metió en la chimenea,
porque en ella me enjugasse.

Para enjugarme la lluvia
que yo destilava a mares,
ni havia lumbre, ni havia leña
de encina, roble, ni sauce;

pero estaba la criada
tan de nogal, en el arte,
que hecharla en la lumbre quise
solo para calentarme.

Dixome: «Tened paciencia,
que, sin mucho que me tarde,
traeré carbon, y habrá lumbre
tan de sobra, que os chicharre.

Idos quitando esa ropa,
que tal vecindad os haze,
mientras bazio ciertos chismes
que os seran muy semejantes.»

Martirizóme el olfato,
porque en sus manos bestiales
tantos servicios traia
como un capitán de Flandes.

A que vaciase aguardava;
pero, con el asco, antes
que ella su obra concluiése,
di yo principio a bañarme.

Quiso Dios que encendio lumbre,
y Dios quiso que sacase
de regazos de jigote
un platillo miserable.

Pusome una servilleta,
tan relimpia y tan brillante
como de los Presidentes
fueron las ropas talaras.

No obstante, embesti con ello,
aunque ello estava, no obstante,
como su faz: puerco, soso,
seco y con mil alifafes.

Sentamonos frente a frente:
ella en un poyo admirable,
y yo sobre un taburete
de vaqueta de pinares.

Eramos bellas figuras:
ella con llaneza fragil,
en zagalejo, en pernetas,
y con la pechuga al ayre;

yo, tan de ropa aliviado,
que pudiera retratarse
un nadador, quando acala
de dexar a Manzanares.

Miravame, y yo admirava
aquella especie de Cafre,
mas negra que mi ventura
y mas temible que fraile.

Dixome que la dixese
alguna cosa a su talle
y a todo su coramvobis
que era digno de elogiarse.

«Es tu cara peregrina,
la dixes, entonado y grave;
calabaza tu cabeza,
bordon tu nariz gigante;

tu pelo el bosque del Pardo,
dónde es preciso que pasten
piojos como javalies
y liendres como elefantes.

Y en fin toda tú eres tan
vizarra y tan sin donayre,
que eres diseño de como
serán dos mil satanases.»

Yo hablava, mas no lo oia,
porque sin duda el jarave
de Esquivias le havia subido
a las regiones mentales.

Durmiose la porcullona;
y como quodé vacante
de pablata, me entretuve
en observar sus visages.

Eran sus brazos felpudos,
mas remendados que un jasje,
con unas piornas urracas,
blancas y negras en parte.

Roncava con tanta fuerza,
que era horror; y a breve lance,
oi temerosos truenos,
que anunciaban tempestades.

Mas al percibir que olian
los truenos desconmunales
tan mal, dila un pescozon,
que la despertó al instante.

Dixome, no bien despierta:
«Ya temí que me pagases,

falso, con ingratitudes
la caridad de alvergante.»

Yo la respondi: «Quién quieres,
maldita, que aqui te aguante,
si a cualquiera que socorres
recibes de tan mal ayre?

Para corchete imaginó
que infinito precio vales,
pues soplas, que eres un fuelle
por detras y por delante.»

Abreme la puerta, en quanto
me visto; torcio la llave,
y ya en la calle de gozo
mas brincos di que un danzante.

No mas alegre el captivo,
quando de la prision sale,
sus tiernos hijos abraza,
que yo abracé los umbrales.

Entré en mi casa, y cerréme,
de miedo que tras mi entrase,
que ella esperava caricias,
no peseozones a pares.

Escarmentad, amadores;
ved que no el diablo os engaña,
y estad ciertos que de noche
solo buelan estas aves.

*

La boda de la hija de un boticario

Al son de la dulce lira
con que suelen cantar otros,
que al son que los otros cantan
bien podremos cantar todos,

escucha, Tirsi adorada,
si tienes paciencia un poco,
la receta que te es util
para desterrar tu antojo.

Apolo me dé su ayuda,
mas quando no quiera Apolo,
no han de faltar en tu casa
ni ayudas, caldos y polvos.

Acuerdate que naciste
entre flores de antimonio,
y que a poder de infusiones
se ha conservado tu toldo.

Que, pudiendote llamar
tus padres, por nombre propio,
Doña Epatula, quisieron
que tuvieses nombre godo.

Destilando turbias aguas
(que claras jamás lo otorgo),
para alquitara naciste
de unguento blanco y de mocos.

Que las cantaridas tuyas
hagan llaga, no me opongo,
como graduar no quieras
de cantaridas tus ojos.

No temes tu las heridas
del niño Amor poderoso,
porque en tus unguentos piensas
que el remedio tienes prompto

De bote en bote, señora,
te he llenar, si me enojo,
de necia y de confada
de entendimiento y de rostro.

Te pretende un Vizcaino,
y dicenme que son todos
cortos, solo en el hablar;
y este, aun de ventura es cortó?

Si del Cantabro infelice
eres la albarda, ya noto
que pareces entronés,
que nunca les falta bobo.

Que pecados son los suyos?
Por que exceso escandaloso

le han condenado a quererte
esos ministros de corcho?

Si es, por Vizcaino, burro,
pesebres se ven abondo;
dieranle paja y cevada,
no paja con alma y todo.

Y tu, Juancho, en que imaginas,
que tan negado y zolochó
vas a pegarte a los huesos
esse emplasto de oxicrocio?

Essa dama de pastilla,
essas carnes de cohombro
amargo, no han de podrirte
aun los mismos hypocondrios?

No ves que cara de herege,
que gesto, que promontorio
de plagas, pues se le nota
hasta el pellejo con mohó?

Pero adonde voi a dar,
que ya parece que oigo
mil maldiciones crueles
por mis versos rigurosos.

De todo, como en botica,
llevan más números toscos;
dorad la pildora, amigos,
tragad verdades con oro.

Recivid bien la ceniza
que en vuestras frentes os pongo,
y acordaos que sois tierra
y que os bolvereis en lodo.

*

Con las obras impresas, en una letra que dice
LAS CUERDAS DE MI INSTRUMENTO (1)
no se permitió que se publicara lo siguiente:

Honrramse de tantos modos
las mujeres por la fama,
que casta muger se llama
la que suele ser de todos;
los dineros son los godos
que vencen deudos presentes,
y son sangre los parientes;
y el dinero del galán
es carne, es sangre y es pan,
es Rivadabia y es coca.
Punto en boca.

Persigue al pobre ladron
el alguacil con testigos,
que siempre son enemigos
los que de un oficio son:
los dos van contra el bolsón;
hurtale el ladron sutil,
y a el ladron el alguacil,
y así gana los perdones,
siendo ladron de ladrones
que los castiga y convoca.
Pum'o en boca.

En la casa del tribuno
tanta justicia se halla,
que aun su muger, por guardalla,
da lo suio a cada uno:
no le enfada el importuno
a quien, en fiera cadena,
su marido da la pena,
pues ella le da la gloria,
y para mayor vitoria
el primer auto revoca.
Punto en boca.

D. Francisco de Quevedo-Villagaa

(1) Se refiere a la primera edición de las *Flores de Poetas Ilustres de España* (1605), de Pedro Espinosa, impresión retrasada por la censura

LA DISPUTA DE LAS FLORES

CUENTO PARA NIÑOS POR MARÍA BERTA QUINTERO

En aquellos tiempos lejanos y maravillosos, cuando los animalitos, las plantas, el agua, todos los seres irracionales, hablaban como los hombres, había un frondoso jardín y en el centro de él una preciosa casita donde residían dos hermanas, Blanca y Rosa, con sus esposos y sus hijitos, porque amábanse tanto que nunca quisieron separarse.

Todos eran muy felices y, queriéndose de veras, esforzábese cada cuál por ser útil y agradable a los demás; así es que nunca disputaban, ni aun los niños, ni jamás conocieron la envidia, el egoísmo, el malhumor.

Hasta que una tarde... Veréis, encantadores lectorcitos, lo que sucedió:

Los papás habíanse marchado a sus ocupaciones, y los hijos mayores, al colegio, y quedaron en la casita las mamás, cosiendo, y los niños, jugando. El sexo débil estaba en mayoría, por lo que Totó y Pitín tuvieron que resignarse a jugar a las visitas, a las muñecas, a cuanto, en fin, quisieron cuatro lindas tiranuelas: Lili, Teté, Rosa y Meli. Pero, como ya os he dicho, todos llevábanse muy bien, y Pitín y Totó estaban encantados con aquellas distracciones, aunque las considerasen poco en armonía con su seriedad de hombrecitos de seis abriles; porque habéis de saber que los dos habían sido regalados el mismo día a ambas hermanas por una blanca cigüeña de largas patas y largo pico. Por cierto que se equivocó la pobre; tenía tantos encargos y preocupaciones! Rosa deseaba un hijito rubio como el oro, y se lo llevó morenito; y Blanca—y esto fué peor—, como tenía tres chiquillos y una nena rubia, habíala pedido otra niña, pero morenita, y la obsequió con otro chiquitín, blanco cual la leche, con los ojitos azules y el pelito...; pero ahora que recuerdo, Totó no tenía entonces ni un pelito, sino la cabecita como una bola de billar. ¡Qué desilusión, sobre todo para Blanca! Pero sólo duró un momento; bien pronto pusiéronse contentísimas—¡eran tan lindos los bebés!—, perdonando a la cigüeña su doble e irremediable error.

Pero, ¿en qué estábamos? ¡Ah!, sí, en que hallábanse una tarde nuestros simpáticos amiguitos jugando con sus hermanitas y primas. A la hora de merendar, vino Blanca a ellos con una bandeja llena de exquisitos bollos, repartiéndolos equitativamente. Entonces, como habían jugado tanto y habíaseles abierto el apetito, sentáronse en el jardín a merendar, silenciosos y formales. Pudiese escucharse el vuelo de una mosca.

A los pocos instantes se percibió un

ligero rumor de misteriosas vocecillas.

—¿Quiénes hablarán por ahí?— preguntó Meli, curiosilla e inquieta—. ¿Serán gnomos?

—Registremos el jardín—propuso Totó, valiente y decidido.

—¡Ay, no; qué miedo!—hubo de protestar, pálida y temblorosa, Blanca—. Yo me marchó con mamá.

—Vamos, no seas miedosita—animóla Teté, besándola con cariño.

—Guardemos silencio y prestemos atención—observó, discreta, Lili—. De este modo podremos acaso averiguar quiénes hablan.

El rumor de voces escuchóse con mayor claridad; parecían discutir. Sí, sí; eso era. Murmuraba una vocecilla:

—Yo soy más bella, soy esbelta y blanca.

Una se creía la más linda, por ser blanca y rubia; otra, por ser morena; cuál por tener los ojos negros; aquélla, por poseerlos de un hermoso azul de cielo.

Y entre las flores—cada vez más enojadas—y las niñas armóse un alboroto que en vano intentaron calmar los pequeños. Expresiones agrías, burlas, cachetes, lloros; de todo hubo. Blanca y Rosa hubiéranse visto obligadas a imponer severo correctivo a aquellas vanidosuelas; pero habían tenido precisión de salir, y al dirigirse Totó en busca suya, encontróse con la desagradable sorpresa de que estaban solos con la servidumbre. Y ellos no podían calmar los ánimos exaltados de las chiquillas. Al intentarlo, recibieron algunos arañazos y coscorrónes.

simos, habían perdido su brillo suave y su hermoso color.

Juntas las manos, cayendo de hinojos, imploraron perdón, sollozando amargamente.

—Nuestras mamás, señora—dijo Lili—, padecerán mucho al vernos de este modo... Apiadaos de ellas y de nosotras, hada magnánima y generosa; os lo ruego. Ved que ya estamos arrepentidas.

—Seremos siempre buenas—añadió Teté en tono firme—; os lo prometemos.

El hada, conmovida, dijo en tono más dulce:

—La virtud, hijas mías, es la verdadera belleza que nunca se marchita sin la voluntad de quien la posee. Esa es la que debéis desear y esforzaros por conseguir. La otra es un don generoso del Creador que debemos agradecerle, pero

no mostrarnos orgullosas de ella. Una enfermedad, un accidente, bastan para tornar feo, y aun repulsivo, el rostro más bello; pero el alma pura y virtuosa no puede perder su admirable hermosura ni por los estragos del tiempo ni por causa alguna ajena a su voluntad. Sed buenas y bondadosas, y siempre seréis bellas y amadas.

Y tocándolas en la frente con la varita, recobraron sus encantos. Entonces oyéronse unas vocecillas dulces y suplicantes. Eran las humildes violetas que, sacando tímidamente sus corolas entre las hojas, imploraban de su reina clemencia para sus hermanas.

—Aprended todas de ellas, niñas y flores—aconsejó el hada—; se ocultan con modestia, pero son muy deseadas y su exquisito aroma las descubre; así tam-

bién el delicioso perfume de sus virtudes acompaña a la niña, a la joven humilde y recatada.

Al agitar de nuevo su varita, las flores castigadas recobraron su lozanía, y entre aclamaciones entusiastas y jubilosas frases de agradecimiento, partió Florinda, haciendo un gracioso ademán de despedida.

Ya lejos, volvió el rostro y pudo ver a las cuatro niñas abrazadas cariñosamente, besándose, pidiéndose mutuamente perdón, prometiendo no disputar más, no mostrarse orgullosas de sus atractivos y ser muy buenas y juiciosas. Y que luego acariciaban a Pitín y a Totó para consolarles por haberlos maltratado.

¿Que si cumplieron sus promesas? Ciertamente; la lección fué bien aprovechada, y afirma la historia que tampoco las flores volvieron, jamás a disputar.

María BERTA QUINTERO

Dibujo de BARTOLOZZI.



—Pero yo—decía otra—soy más graciosa, y es mi color rojo como la púrpura.

—Yo soy más bella y arrogante que ninguna—chillaba una vocecilla aguda—. No me marchito tan pronto como vosotras.

—No, que la más linda soy yo.

—No es cierto, lo soy yo.

—Miren la presumida.

—Porque puedo.

—Cállate, dalia estúpida; tú no tienes aroma, como nosotras.

La discusión habíase convertido en disputa y daban gritos—moviendo, enojadas, sus corolas, cimbreado algunas sus largos tallos—las lindas flores del jardín. Porque eran ellas, ¡quién lo hubiera pensado!, quienes, coquetueles y vanidosas, disputaban sobre cuál era más bella.

Totó y Pitín reíanse a más y mejor, calificándolas de tontas y charlatanas; pero las niñas empezaron a discutir sobre cuál de las flores era la más bonita, acabando por disputar sobre su pro-

¿Qué haría? ¿Llamar a los criados? ¿Decir que fuesen a buscar a las mamás?... Poco duró su incertidumbre. En su carroza de oro, marfil y perlas, el hada Florinda, reina de las flores, llegó, coronada de orquídeas, violetas y jazmines, conducida por Céforo, al jardín, haciendo enmudecer a las niñas y a sus súbditas de asombro y terror. Reprendiólas severamente y luego dijo, solemne, agitando su varita de oro:

—Ved, niñas vanidosas y presumidas, pagadas ya, en edad tan tierna, de la belleza efímera, cómo en un instante puede la hermosura desaparecer.

Al punto, ante los atónitos ojos de las chiquillas, cayeron a tierra, ajadas, marchitas, sin aroma, todas las flores, y apareciendo un gran espejo sostenido por varios enanillos, viéronse en él y lanzaron todas a un tiempo un grito de espanto. Habíanse vuelto horribles; ya su boca no era chiquita ni roja; su tez, cubierta de manchas y granos, causaba miedo; sus cabellos, lacios y escasi-

EL VENENO DE AMÉRICA

NOVELA CORTA ORIGINAL DE ENRIQUE DOMÍNGUEZ RODIÑO

MIRA, Juan Ponce, aquí tienes a otro que quiere ser de los nuestros—dijo Luis Morán, el pianista del café Colón, de la Avenida, entrando en «La Rosa de Jericó», acompañado de un hombre ya viejo, blancas patillas y cansados ojos. ¿No te acuerdas ya de él?

Juan Ponce dejó sobre la mugrienta mesa el vaso con «whisky» y levantó los ojos. Los que le rodeaban, con tanta curiosidad como instintivo recelo, miraron también al acompañante de Luis Morán.

—Pero, ¿de veras es usted, maestro? ¡Ya hacía años que no nos veíamos! — exclamó Juan Ponce, levantándose trabajosamente y tendiéndole la mano—. ¿Usted por la Boca? ¿Viene usted en busca de modelos?

—No; apenas si escribo—repuso el viejo de las patillas blancas, estrechando la mano de Juan Ponce y sentándose junto a él—; los sainetes españoles no gustan ya y a mí me asquea el «dunfardo». Mis golfos y chulos madrileños no saben hablar en esa infame jergonza.

—Pues, usted — dijo Luis Morán — buenos sainetes porteños lleva escritos ya, y todos con gran éxito.

—Eso fué antes, mientras los de aquí no sabían escribirlos y me toleraban por lo que aprendían de mí. Hoy apenas si me dejan teatro donde estrenar.

—¡Pues, a España otra vez con esos huesos, maestro Muñoz Concha! — exclamó Juan Ponce.

El gran sainetero, tan popular en otros tiempos, ya olvidado casi de todos, tuvo un gesto de amarga resignación.

—¡A España! ¡Qué más quisiera yo!

—En Madrid — siguió Juan Ponce — le recibirían a usted como al hijo pródigo; se disputarían otra vez sus obras como pan bendito.

—No es eso — dijo Muñoz Concha —; no creo en eso. Cuando me vine a estas tierras, impulsado ya sabéis por qué dolores, todo fué lamentarse elegíacamente de mi pérdida. Poco duraron aquellas lágrimas. Bien pronto se habían olvidado todos de mí. Nunca, ni por nadie, se me hizo la menor indicación para que volviese a España. Esta ha sido la gran decepción de mi vida. Pero no podía ser de otro modo. ¡Es mucho abismo el de ese Océano que nos separa!

—Pero ahora, si usted volviese...—objetó piadosamente Juan Ponce.

—Nada, tampoco — respondió el creador de tantos tipos populares—; no se acuerdan de mí. A rey muerto, rey puesto. Me recibirían como a un desconocido, como a un inoportuno. Todo lo más, unas lagrimitas de cocodrilo para mi fracaso. No se puede resucitar, y yo estoy bien muerto.

—Y aunque se pudiese resucitar, no se lo permitirían los vivos a los muertos—dijo Carlos Alfaro «el Cura», vaciando

de un solo trago un enorme vaso de ginebra.

—Esa es la hija, «Pater»—contestó el viejo sainetero.

Juan Ponce, dando una palmada, gritó, dirigiéndose al mostrador:

—Débora: unos «copetines» para estos señores y para mí otro «whisky».

Débora, la hermosa judía montenegrina, hija de los dueños del «boliche», al poner las copas sobre la mesa, le dijo a Juan Ponce dulcemente:

—Todo cuanto hacemos por quitarle ese vicio que le empuja a la muerte es inútil—dijo Luis Morán—. ¡No lo consigue Débora, esa muchacha tan hermosa y tan buena, que está locamente enamorada de él!

—¡Si a mí me quisiera esa hebreá—exclamó «el Cura»—no volvía a probar la ginebra en todos los días de mi vida! ¡Mire usted que empeñarse en el goce de un paraíso artificial cuando se tiene a la mano uno de carne y hueso como

blar de lo mismo, antes de ahora, a otros amigos. Me hizo mucha gracia y lo tomé a broma. Pero Luis me ha dicho que no, que es verdad; que ese billete no es una entelequia, que existe, que lo compras todos los meses, las dos series del mismo número...

—¡Y tan verdad! — gritó «el Cura»—. ¡Enséñale el de este sorteo, Juan Ponce!

Juan Ponce, sonriendo, sacó del bolsillo interior de su americana los dos billetes. Todas las miradas fueron a ellos con un fulgor de loca esperanza.

—Aquí los tiene usted — dijo, mostrándolos, Juan Ponce—; mañana se sortea. Este es el billete de cincuenta pesos, y éste el de veinte. Ochenta mil y cuarenta mil, respectivamente, los dos «gordos». Ciento veinte mil pesos, si sale este número: el 5.999.

—¡Cerca de trescientas mil pesetas!—exclamó Meneses, el moipe ratoncillo madrileño, redactor de *El Ideal Español*.

—¿Y es verdad que emplearías todo el dinero en costear pasajes para España?—preguntó, algo receloso, el viejo autor cómico.

—¡Y tan verdad! Pero no para España únicamente, sino también para todos los demás países de Europa. ¡Para Europa, para mi Europa, Muñoz Concha! ¿No es cierto, Iván — siguió diciendo Juan Ponce, dirigiéndose a un viejo de hirsuta pelambre rojiblanca — que tú también quisieras volver a tus queridas orillas del Báltico?

—¡Claro!—refunfuñó el viejo, mirando como a un enemigo a Muñoz Concha—. ¡Yo también «estoy oeropeo».

—¡Claro!—repitió Juan Ponce, hundiendo sus dedos en las greñas del viejo gigante—. ¡Claro que tú también eres europeo, noble descendiente de caballeros teutones! De las riberas de tu Vístula vinieron los godos a nuestra España.

—¿Y tienes ya lleno el barco, Juan Ponce? — preguntó Muñoz Concha, entre serio y burlón.

—¿Por qué lo pregunta usted? ¿Quiere usted pasaje en él, maestro?

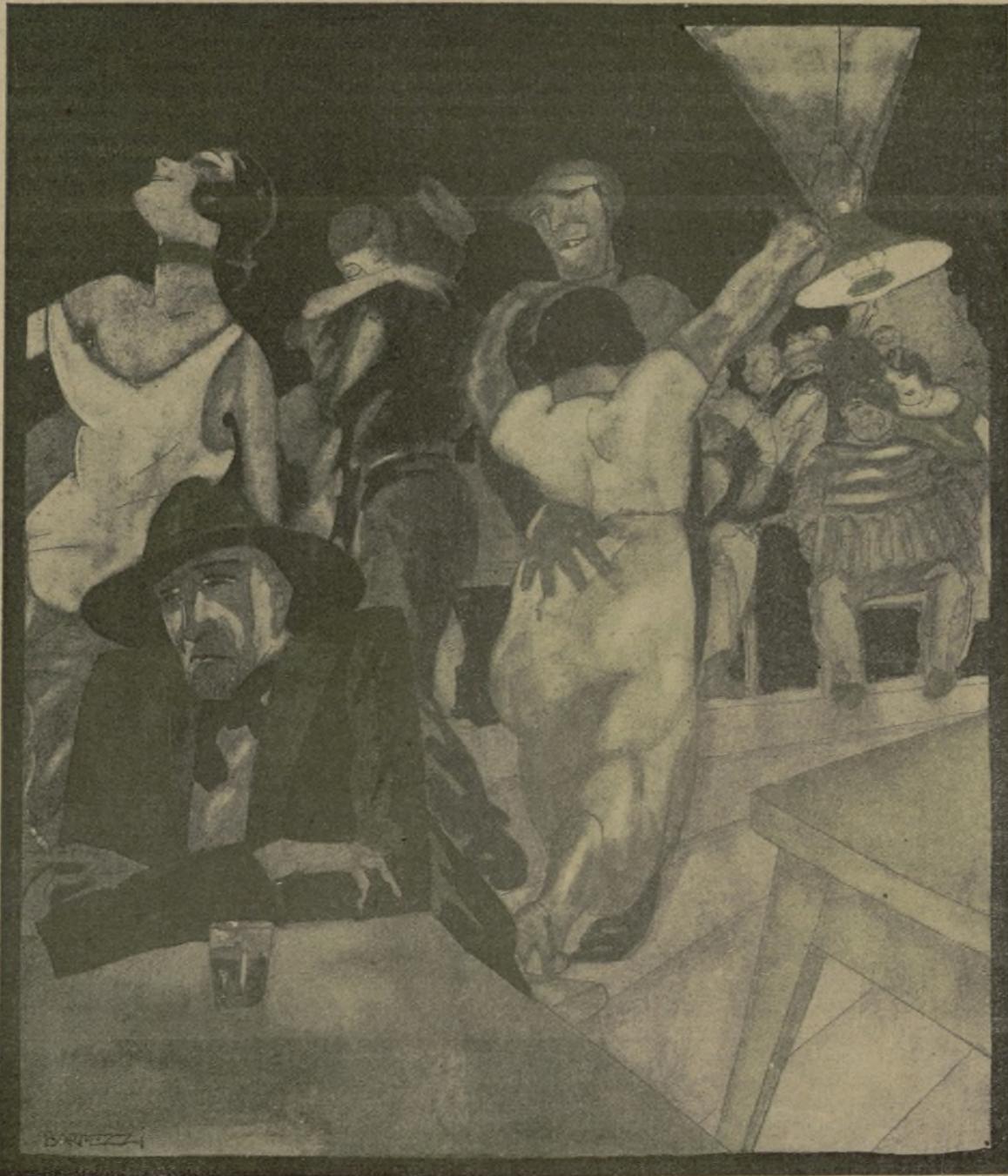
—Por de pronto, y por si acaso, lo que quiero es que me apuntes en la lista. Pero antes, una pregunta. Ya sabes que tengo un familión: mujer y cinco hijas. Sin ellas no me embarco: ¿habrá pasaje para todos los míos?

—Eso no se pregunta. Y tratándose de mujeres, mucho menos. Si surgen noviazgos, «el Cura» se encargará de hacer matrimonios durante la travesía.

—Ahorqué los hábitos—gruñó, poniendo cara de vinagre, Carlos Alfaro.

—No importa—replicó Luis Morán con una carcajada—; te compraremos unos nuevos.

—¿Y si de verdad tocase y te embarcases tú solo con toda la «plata»?—le preguntó con bondadosa malicia Muñoz Concha a Juan Ponce.



—Y no «tomés» más «whiskys», «hacéme» el favor. Es el tercero que te sirvo, y esta noche no estoy dispuesta a que «chupés» más.

—No seas mala conmigo, Débora—contestó el español—; ¿no ves que si no me lo sirves tú me lo despacharán tu padre, o tu madre, o tu hermana Sara? ¿No sabes que estoy sin opio desde hace unos días?

Débora movió tristemente su hermosa cabeza, le echó a Juan Ponce una honda mirada y, sin contestar, se volvió al mostrador.

—Ponce, ¿pero es verdad que sigues con el opio todavía? — preguntó Muñoz Concha, con acento de reconvención y de lástima.

ése, que es una maravilla y que no hay opio en el mundo que lo pueda hacer soñar mejor!

Juan Ponce bajó la frente unos instantes. Bebió luego un sorbo de «whisky» puro y dijo:

—Dejemos esto, amigos. Y volvamos con usted, maestro Muñoz Concha. Dijo usted antes que quisiera volver a España, ¿verdad?

—Sí—contestó el célebre sainetero—; aunque no sea más que para morir allí. Esta noche, charlando con Luis Morán en el Colón, me habló de ti, de tu famoso billete de lotería, de lo que piensas hacer con el importe del «gordo», si éste te toca alguna vez. Ya había oído ha-

—¡Por Dios, don Miguel, no piense ni diga usted eso de mí!

Todos protestaron ante aquella suposición. Juan Ponce era incapaz de engañarlos. Había temor y angustia en la protesta.

Iván, poniéndose de pie y golpeando la mesa con una botella, increpó a Muñoz Concha, iracundo:

—¡Vos no conoce a Juan Ponce! ¡Juan Ponce está el único «gentleman» de Buenos Aires!

—Bueno, no enfadarse conmigo, muchachos. Y tú, menos, Juan Ponce. Ya sabes cuanto te quiero y admiro. Sé que eres hombre de palabra. Ha sido una chirigota. Lo que es menester es que nos toque el «gordo». Y ahora, adiós a todos. Se ha hecho ya muy tarde y a mi «conventillo» me vuelvo.

—No se nos vaya, don Miguel—dijo «el Cura»;—quédese usted siquiera un rato todavía para tomar parte en nuestros exorcismos y cábalas. Mañana se sortea, y esta noche es preciso que nos bienquistemos con la buena fortuna.

—¡Qué «atorrante» estás hecho! — exclamó, riendo, el popular escritor—. ¡Dejaste la fe de Dios y ahora crees en supersticiones!

—¡No sea «otario», querido don Miguel!—repuso Alfaro—. Yo no he dejado de creer nunca en Dios, y en cuanto a las supersticiones, ya sabe usted que soy de Granada y que tengo sangre de gitanos. Por lo demás, todos éstos son tan supersticiosos o más que yo. Desde que Juan Ponce nos metió en la cabeza esta locura de la lotería, y ya va para rato, no pasa día sin que alguien se descuelgue con una cábala nueva. Por lo visto, la superstición es una forma de la esperanza en los miserables, como lo es del miedo en los poderosos. Yo sé algo de eso. Estuve algún tiempo en Cuba y aprendí muchas cosas de los negros. Conozco de memoria la cábala china. Esta noche traigo una novedad: vamos a hacer la práctica del «Abracadabra». Antiguamente lo usaban para prevenirse contra las fiebres malignas. Pero con una modificación que yo he inventado, el «Abracadabra» le viene a esto de la lotería como amillo al dedo. ¡Ya verás, Juan Ponce! ¡Ya verás, amigos! ¡Lo que es esta vez no falla! ¡Mañana serán nuestros los ciento veinte mil pesos!

—¡Abracadabra! — dijo Muñoz Concha, despidiéndose—. ¡Amén, y ya me avisaréis, muchachos! ¡Con Dios todos!

Y levantándose y estrechando las manos que se le tendían, el viejo sainetero salió del «boliche» con Luis Morán, que se ofreció a acompañarle hasta la próxima parada del travía.

La «chorrachería» se había ido llenando poco a poco de gente. Marineros que entraban ya borrachos y que gruñían sus palabras en todas las lenguas del mundo. «Malevos», de infima condición, que iban a vigilar el trabajo y las rentas de sus respectivas «minas», para «cobrar la chapa» en cuanto algún «gallego» o algún «gringo» se dejaba la «menega» entre las garras de las «rantas». En un rincón, dos músicos, de guitarra y «bandoneón», tocaban los tangos en boga. «La Rosa de Jericó» era uno de los «boliches» más siniestros y de peor fama de la Boca. En su interior había corrido la sangre muchas veces y a él concurría lo más bajo del Riachuelo para concertar sus robos y sus crímenes. «La Rosa de Jericó» era propiedad de un matrimonio judío, venido de Montenegro hacía ya muchos años. Samuel, el marido, aunque pequeño de estatura, era un hombre de pelo en pecho, con puños de atleta, genio atravesado y unas barbas de ébano y plata y un vozarrón que infun-

dian miedo hasta a los «taitas» de más fama en Barracas y en todo el puerto. Nika, su mujer, no le andaba a la zaga. Hombruna, descarada y colérica, con una pelirroja cabeza de medusa, manteniendo siempre y lanzando agudos gritos por la menor causa, no había pendencia que no cesase en cuanto ella intervenía, ni «curdón» que se negase a pagar una «adición», por inverosímil que fuese, así que la «vieja» se salía de detrás del mostrador y se encaraba con el remisero. Dos hijas tenían, Débora y Sara, de poco más de veinte años, a cual más bella: ambas con el pelo color de caoba, grandes ojos garzos, piel de rosado terciopelo, esbeltas y atrayentes. Las dos muchachas eran el cebo principal del «boliche». Aunque alternaban con los parroquianos, yendo de mesa en mesa, recibiendo piropos y haciéndose desear febrilmente, no bailaban nunca con ellos; tenían fama de inabordables, y hasta los más atrevidos se contenían ante ellas, con respeto increíble. Sara, la menor, tenía el genio desabrido y violento, como los padres. Y como ellos, era egoísta y fría. Por el contrario, Débora, más alta y mejor plantada que la hermana, tenía una gran dulzura en los ojos, y en los labios constantemente una sonrisa bondadosa y triste. Débora era la verdadera «Rosa de Jericó» del siniestro «boliche». Su sola aparición era como una ráfaga de aire perfumado y un haz de luz que iluminaba hasta los más tenebrosos corazones. Hilos de oro vibraban en su voz de miel, que era suave como una caricia. Los padres y Sara, y con ellos todos los parroquianos, adoraban en Débora como en una diosa.

Mientras sus amigos, como en todas las vísperas de sorteo, llenos, más que de fe, de angustiosa ansiedad, se entregaban a las más absurdas prácticas cabalísticas, barajando, según las indicaciones de «el Cura», nombres y números en misterioso revoltijo, Juan Ponce, los codazos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, seguía ensimismado los giros de las parejas, que bailaban un tango sensual y triste. De pronto, fijándose en una de las «milongueras», los ojos de Juan Ponce, hasta entonces velados por la sombra de su implacable melancolía, se encendieron y animaron con un extraño fulgor. Cuando terminó el tango, haciéndole una seña, llamó a su lado a la mujer.

Era ésta alta, espigada, ondulante y provocativa, con el pelo negro, peinado hacia atrás y recogido en un moño que colgaba sobre la nuca. Se acercó a Juan Ponce, andando con contorsiones lascivas, marcando las últimas cadencias del «gtán». Tenía los ojos negros, rasgados y brillantes. Un lazo de terciopelo «tête de nègre», con un camafeo genovés, se anudaba a su garganta.

Juan Ponce, cogiéndola impetuosamente por ambas muñecas, la obligó a sentarse junto a él. En los ojos de Débora, que observaba la escena desde el mostrador, hubo un temblor de inquietud.

—Ché, «decime» un poco, ¿de dónde «sos» y cómo te «llamás»?

—Me llaman Mimi y soy francesa—respondió la mujer, chapurreando el castellano.

—Pero Mimi no es tu verdadero nombre—le dijo Juan Ponce, en francés—. Y yo quiero que tú me lo digas. Y que me digas también de qué parte de Francia eres.

—Yo soy de París.

—Todas decís lo mismo. Todas sois de París, y de París no sois ninguna. ¿Es que no os basta con ser francesas? Pero da lo mismo. Lo que yo quiero es que tú me digas la verdad, ¿entiendes?

—¡Qué curioso eres!—exclamó la fran-

cesa, acercando su silla a la de Juan Ponce y echándole los brazos al cuello, que el español rechazó suavemente—. Bueno: te lo diré. Mi verdadero nombre es Georgette, y soy de Pontarlier, un pueblo que está en la frontera suiza, cerca de Dijon, ¿sabes? Pero me he criado en París, y de París vine a la Argentina hace un año.

Juan Ponce no contestó, volviendo a caer en su ensimismamiento. La francesa hizo un desdenoso gesto de impaciencia.

—Bueno, ¿para qué me querías?—le preguntó.

—Para nada. Puedes irte—repuso Juan Ponce.

—¡Que tu es drôle, mon cher!—dijo, levantándose malhumorada, la moza—. ¡Gallego! tenías que ser! «¡Baboso!» Juan Ponce siguió mirándola.

—¡Cómo se parece a ella!—murmuró—. ¡Como una hermana gemela! ¡Y si hubiese sido ella!...

Luego llamó a Samuel y le dijo:

—Mira, Samuel, ya hace muchos días que me engañas; pero hoy no lo consentiré. Necesito fumar un par de pipas. Dame opio. Te lo pagaré a doble precio.

El ladino judío se estremeció de codicia. Miró hacia el mostrador y se encontró con los ojos de su hija Débora.

—No tengo opio—le dijo al español.

—¡Mentira! — repuso éste, exaltándose—. ¡Un perro judío serás si me lo sigues negando!

Nuevamente miró hacia su hija el viejo Samuel, vacilante. Los ojos de Débora tenían una energía desusada, imperiosa. El hebreo insistió:

—No tengo opio hace ya muchos días. No ha llegado todavía el barco. «Podés» crearme, ché.

Entonces el español llamó a Débora.

—Débora—le dijo—, la más hermosa y más dulce de todas las mujeres, dile a tu padre que me venda el opio de siempre. Róbaselo tú para mí. Lo necesito imperiosamente. Si no, me muero esta misma noche.

Débora negó. No había opio en el «bulín». Ni lo volvería a haber nunca más, porque no lo quería ella. Todas las súplicas de Juan Ponce fueron inútiles. Vencido, le pidió un nuevo vaso de «whisky». La judía se negó también al pronto; pero al fin, piadosa, los ojos velados por una niebla de llanto, le sirvió la bebida.

—¿Qué te dió con esa «gringa»? — le preguntó.

—Nada.

—¿La tomaste por otra?

—No; la confundí con un fantasma. Para eso quería el opio; necesito soñar. ¡Anda, vete, Débora! ¡Déjame solo!

La hermosa israelita se volvió al mostrador, y Juan Ponce, mientras apuraba el vaso de «whisky», ajeno a cuanto le rodeaba, se hundió en el abismo de sus recuerdos.

Juan Ponce de Vargas había nacido en una vieja ciudad castellana, de familia rica y de abolengo. Apenas concluyó el bachillerato, a los catorce años, lo mandaron sus padres a seguir sus estudios en París y Londres y, por último, a Heidelberg, la famosa Universidad alemana, a orillas del romántico Neckar, donde tomó unos cursos de filosofía y se reveló poeta. Venida muy a menos su casa por reveses de fortuna y muertos a poco sus progenitores, Juan Ponce regresó a España y se dedicó de lleno a la literatura, aspirando a vivir de ella. No tardó mucho en conseguirlo. Pronto su firma se abrió paso y conquistó amplio prestigio. En el periodismo y en la novela. De vigoroso temperamento dramático, vasta cultura y con un sentido constructivo admirable, a la vuelta de unos

años, cuando acababa de cumplir los treinta de su vida, Juan Ponce era ya un celebradísimo escritor, con gran mercado para sus obras, tanto en España como en América. Viajaba mucho, no sólo por imperiosa necesidad de su espíritu andariego, sino en busca de asuntos y materiales para sus libros, todos ellos de un cosmopolitismo ecléctico, lleno de vibrante color y exóticas resonancias.

Muy ajetreado por su vida nómada, de la que Londres, París, Berlín y Madrid eran los cuatro puntos cardinales, Juan Ponce, aparte las ligeras aventuras a que sus viajes y su fama le llevaban fácilmente, no había sido aún presa de la pasión amorosa, para la que, sin embargo, estaba su alma tan dotada.

Y así llegó el día de la gran revelación. Habíase embarcado Juan Ponce en Southampton con dirección a Egipto, desde donde pensaba dirigirse a Palestina, para regresar luego a Berlín por Constantinopla. Apenas se adentró en alta mar el trasatlántico, Juan Ponce trabó amistad con una encantadora compañera de viaje. Se llamaba Margueritte Leroux, era francesa y había nacido en El Havre. Tan bella como inteligente y culta, Margueritte causó bien pronto una honda impresión en Juan Ponce. Pero no el «efchazo» rápido y trastornador, que de repente agita y enturbia todos los manantiales del alma. Sino una atracción apenas perceptible por la conciencia, callada y secreta, que se va entrando suavemente por el corazón como por entre las tinieblas de la noche las primeras luces del alba. Se hicieron íntimos amigos, con esa intimidad de trasatlántico que en unas horas, a veces, se hace más fuerte y duradera que la que se labra en tierra firme durante largos años. Margueritte Leroux era, realmente, incomparablemente hermosa. Pero con serlo mucho por su esbeltez, la mata sedosa y brillante de sus cabellos de endrina, su boca fresca y purpúrea como una rosa abierta, sus grandes ojos negros, luminosos, y sus manos graciosas y leves, lo era todavía más espiritualmente. Tenía una divina gracia en la sonrisa, y en su voz temblaban arrullos y suspiros dulcísimos.

¡Minutos, horas, días inefables!... Margueritte Leroux estaba casada con un rico comerciante inglés, establecido en Hong-Kong, y regresaba al lado de su marido, después de dejar en Londres, con los abuelos paternos, al único hijo del matrimonio, un niño de siete años. A medida que avanzaba el viaje, los sentimientos de Margueritte y Juan Ponce iban adueñándose poco a poco de sus almas. Sin embargo, ni una sola palabra fué dicha que los revelase. Ni por un solo momento sintió Juan Ponce el impulso de convertir en una deliciosa aventura más su encuentro con aquella mujer. Pero, como tenía que suceder, sin que ninguno de los dos hubiese advertido el peligro de antemano, los diques se rompieron y saltaron a última hora dentro de los corazones. A un día de Alejandría, donde debía desembarcar Juan Ponce, siguiendo Margueritte su viaje, se apoderó de ambos una angustiosa zozobra, muda y recóndita. No se separaron ni un momento durante todo el día. Y el alba les sorprendió en la proa del buque, cuando dieron vista al puerto.

Ni una palabra había dicho hasta entonces Juan Ponce. Nada dijo tampoco Margueritte. ¿Por qué callaron, si ambos tenían, al fin, clara conciencia de lo que había ocurrido en sus almas? Acaso la idea de su deber, el recuerdo del hijo, vencieron en el corazón de ella. ¿Qué le detuvo a Juan Ponce? ¿Sintió que tenía que ser así, que era fatal e ineludible, que no podían ser para él aquel amor y aquella felicidad tan grandes?

Sólo desde la lancha, cuando se alejaba hacia el puerto, todo perdido ya, como en un postrero anhelo de esperanza, Juan Ponce, cobarde, rompió el secreto.

—¿Me olvidará usted?—le preguntó a Margueritte, que le despedía, asomada a la borda del buque.

—¡No!—gritó una voz, desgarrada, desde lo alto.

Juan Ponce pasó luego por una honda crisis espiritual. El recuerdo de Margueritte se convirtió en una obsesión que le torturó durante largo tiempo. Había tenido al alcance de su mano la felicidad y la había dejado escapar cobardemente, estúpidamente, sin hacer nada, sin pronunciar la palabra que hubiera podido retenerla, truncando el destino de aquella mujer y atándolo al suyo propio. Más tarde, vuelto de su viaje por Egipto y Palestina, quiso escribirle, correr en busca de ella, rectificar su absurda cobardía anterior con un gesto de audacia. Pero no lo hizo. Los resortes de su voluntad permanecieron insensibles. ¿Por qué aquel abandono, aquella rendición total ante el Destino? La Fatalidad, contra la que no se puede; su suerte, que había sido echada.

En una grave melancolía se hallaba hundido su ánimo, cuando le fué ofrecida la dirección de una gran Empresa editorial en Buenos Aires. Más por la esperanza de hallar al otro lado de los mares remedio a su enfermedad, que seducido por la brillante proposición, aceptó el puesto. La novedad del ambiente, tan distinto de lo que él había imaginado, y el poderoso ritmo de la gran ciudad americana, le trajeron rápido lenitivo a sus males. Introducido fácilmente en la alta sociedad porteña, de la que fué pronto el huésped mimado; orgullo de la gran colonia española, que se desvivía por agasajarle, haciendo del ilustre compatriota un estandarte patriótico, y muy pronto dueño de todas las simpatías en los centros intelectuales de Buenos Aires, cada vez más inclinados a un mayor comercio espiritual con España, Juan Ponce, como el César en las Galias, «llegó, vió y venció». A los dos años, consolidada ya su reputación, entró a dirigir uno de los más importantes periódicos de la ciudad del Plata.

¡Oh, mudanza de los destinos humanos, implacable enemiga! Juan Ponce, en el apogeo de su triunfo, cuando más segura era su posición y se ofrecían a los senderos de su porvenir perspectivas ilimitadas, vino a ser víctima de la terrible enfermedad de América: la nostalgia. Lentamente se había ido infiltrando en su alma; como un veneno sigiloso contra el que no es posible prevenirse a tiempo. No era únicamente el recuerdo de Margueritte, volviéndole a hundir en las nieblas de su pasada melancolía. Era algo más preciso, pero también más grave y persistente, de raigambre más honda.

¡Era la nostalgia, el veneno de América! El mal de todos. El mal de los inmigrantes, suspirando constantemente por sus patrias respectivas, todas al otro lado del Océano; muy lejos, en la remota Europa, de la que en mala hora se desgajaron, como las ramas del árbol, y a la que tan difícil era retornar. Era el mal de los propios hijos del país, hijos de inmigrantes, criados en la nostalgia de los padres, soñando con las patrias de sus padres, cuyos cantos les habían mecido en la cuna y cuyas glorias habían aprendido a venerar desde la infancia. Era el mal que minaba a las viejas familias criollas, descendientes de los conquistadores y colonos españoles, en una remembranza atávica, subconsciente, aferradas a bellas tradiciones, orgullosas de los ilustres apellidos de

sus antepasados, todos de noble condición, aunque hubiesen sido villanos y pecheros, cuyas casas solariegas se asentaban todavía en Andalucía y en Extremadura, en Castilla y en Vasconia. Era el mismo mal de los «gauchos», mestizos de indios y españoles, perdidos en la tristeza inmensa de la Pampa, antaño dueños de ella, ricos y libres; hoy esclavos de los poderosos estancieros.

Y era el mal de los propios indios, confinados en las cumbres andinas y en las selvas del Chaco, pereciendo lentamente; los únicos que tenían su patria allí y que, para que tuviesen una los intrusos, se habían ido quedando ellos sin patria...

Aún no tenía América raíces propias. Las raíces de América estaban en Europa. De ahí aquella obsesión, aquella nostalgia, aquel «mal de Europa»; como lo llamaban, que vino a ser el mismo mal de Juan Ponce y al que se fué entregando lentamente, insensiblemente. Más de una vez quiso poner remedio a su afección, regresando al Viejo Mundo. Pero sin perfecta conciencia de la gravedad del mal, con sus alternativas engañosas y obligado a constantes aplazamientos por las circunstancias, en la vida de aquel país nuevo tan azarosas y variables, Juan Ponce fué dejando pasar el tiempo, que fué tanto como irse hundiendo irremediabilmente en el abismo de su desgracia. Y empezó entonces la vida irregular, la sed hidrópica de falsos estimulantes, en la que se relajaba la voluntad y poco a poco se iba definitivamente nublando la conciencia. El recuerdo de Margueritte se transformó en un espectro que iba siempre con él —sombra de su alma—. Y como si en aquel fantasma se resumiese la múltiple imagen de toda su vida anterior, Margueritte, más que la mujer amada, la bella ilusión que pasó una vez por su lado, fué el símbolo de Europa, bien supremo perdido para siempre. Juan Ponce se imaginaba a sí mismo como un árbol que se muere porque se le han dejado las raíces al aire.

Su afición por las canciones criollas, todas tan melancólicas y tristes, que eran suspiros y gemidos en guitarras y gargantas, se convirtió en morbosa necesidad. La música del «tango», ondulante como una serpiente, desmayada y nostálgica, de una sensualidad enfermiza, como si en ella se agitasen imposibles deseos de amor, que son deleite y tortura a un tiempo mismo—la tristeza de la voluptuosidad—, era para el corazón de Juan Ponce como un alcaloide letal. Se pasaba las noches en «cabarets», «milongas» y «bulines», oyendo tocar tangos y viéndolos bailar, en un enervamiento gradual de todas sus potencias, que no tardó en degenerar hacia las simas azules y demoníacas del alcohol.

Tan rápido como su encumbramiento fué su caída. Juan Ponce, esclavo del «whisky» y del tango; perdida por completo la estima social; alejado de la dirección del periódico, que era su propia obra, y consumidos sus ahorros en la loca orgía de su fulminante disipación, bien presto no fué otra cosa que una lamentable sombra de sí mismo, un hampón más, un fracasado más de los que perecían diariamente entre las olas de la gran vorágine. Y para que su desventura se hiciese de todo punto irremediable y acelerase su fin, un «atorrante» uruguayo inició a Juan Ponce en los secretos del opio, que Samuel le proporcionaba misteriosamente y a buen precio, permitiéndoles fumarlo en el interior de su «bulín» cuando a ellos, acuciados por la devoradora ansiedad, les faltaba tiempo para entregarse al mortífero consuelo de la «divina droga».

«La Rosa de Jericó» vino a ser la casa de Juan Ponce. Tenía alquilada una habitación, sin aire y sin luz, en un miserable «conventillo» de la calle Chacabuco. ¡Oh, la horrible miseria de los «conventillos» de Buenos Aires! Pero sólo se recogía en ella para dormir, y no todas las noches. El resto del día se lo pasaba en el «boliche» de la Boca. A él iban a visitarle los pocos amigos que le quedaban aún, y en «La Rosa de Jericó» se reunían con él otros compañeros de fracaso y de hampa, en su mayoría españoles. Débora sintió desde el principio una gran compasión por Juan Ponce, cuya historia conoció, y tuvo para él consuelos y ternuras de hermana. Afecto tan sentido y tan hondo, y que de tal modo fué prendiendo en el corazón de la hermosa israelita que acabó por ser amor; amor tanto más apasionado y vehemente cuanto que Débora, desde el día que lo advirtió, tuvo el amargo convencimiento de que no había de ser correspondido nunca por Juan Ponce.

Para Débora no había otra idea que la de salvar al español. Venciendo la codicia de su padre, le obligaba frecuentemente a que le negase el opio que pedía, y el rubio «whisky», bebida a la que se entregaba Juan Ponce con mortal avidez cuando le faltaba el opio, se lo escatimaba Débora siempre que podía, recurriendo a cuantos medios le inspiraba su amorosa sagacidad.

—¿Por qué no te «volvés» a España?—le dijo un día, aprovechando un momento lúcido en el alma del español.

—¡Es verdad!—repuso éste—. ¡Es verdad! ¡Esa sería mi salvación!

Se volvería a España, a Europa. No le sería difícil ahorrar los pesos que le costase el pasaje. Todavía era muy apreciada su colaboración por los grandes diarios y revistas, que se la retribuían espléndidamente. En la hoja literaria dominical de *La Nación* podía publicar un artículo—cien pesos—todas las semanas. En último caso, el cónsul de España era amigo suyo y le proporcionaría un pasaje gratuito. Sí; tenía razón Débora. Regresaría a España.

Aquella misma noche, cuando sus amigos vinieron a reunirse con él en el «boliche», les comunicó su propósito. Todos callaron. Después de un hondo silencio, lleno de amargura, «el Cura» dijo:

—¡Feliz tú!

Y Meneses exclamó:

—¡Nosotros nos quedaremos aquí!

Y Emilio del Castillo, el amigo predilecto de Juan Ponce, compañero que había sido de su infancia, dijo:

—¡Yo, que tanto suspiro por volver a España, estoy condenado a perecer aquí!

Juan Ponce sintió un gran dolor en el corazón. ¿Y sus amigos, aquellos compañeros suyos de fracaso y de nostalgia? ¿Y los que él no conocía? ¿Cuántos eran! ¿Se iba a ir él solo, dejándolos allí, abandonados a su suerte, sin posible esperanza de redención?

—¡Es verdad!—exclamó con tristeza infinita—. ¿Y vosotros?...

Juan Ponce calló durante largo rato. De pronto, cogiendo fuertemente la mano de Emilio, gritó:

—¡Emilio, amigos! Se me acaba de ocurrir una idea magnífica, y con ella un presentimiento sublime. Esta es la verdadera «corazonada» de mi vida.

Y les contó. Ya no se iría él solo. Compraría todos los meses un billete entero —las dos series—de la Lotería Nacional Argentina, Setenta pesos: ni siquiera el importe de un artículo para *La Nación*. Si les tocaba alguna vez el «premio grande»—¡y sí les tocaría; se lo decía el corazón!—regresarían todos juntos a España, y con ellos otros muchos compa-

ñeros de desventura. Todo el premio íntegro en costear pasajes para España. Lo que fuese de uno, que fuese de todos.

Las palabras de Juan Ponce provocaron una loca alegría. Palmas, vitores y gritos hicieron retremblar las paredes de «La Rosa de Jericó». ¡Era la esperanza que volvía para los que ya la habían perdido!

Pasó el tiempo; más de un año. El billete de lotería de Juan Ponce llegó a ser famoso en todo Buenos Aires. No pasaba día sin que alguien se acercase a Juan Ponce pidiéndole que se acordase de él. La lista de solicitantes era ya interminable. «El Cura» protestaba a cada nombre nuevo. «¡Tantos vamos a ser—exclamaba indignado— que ni siquiera un pasaje de tercera nos va a corresponder a cada uno!» Pero el «premio grande» no llegaba nunca. Sólo una vez tocó uno pequeño, de doscientos pesos, que, por unánime decisión, se jugaron en el Hipódromo de Palermo, a «ganadores», a un caballo que llegó el último...

Mientras tanto, el «whisky» y el opio iban consumando su obra destructora en la naturaleza de Juan Ponce. Ya no era más que un pingajo humano. El corazón funcionaba dificultosamente. Sufría de alucinaciones, de terribles espasmos. Una constante opresión parecía hundirle la caja del pecho. Cuando le faltaba el opio se debatía en atroces crisis de lágrimas. Juan Ponce se moría como Edgar Poe, como Gerardo de Nerval, exterminado por el veneno oriental.

Un día, sus amigos, «el Cura» e Iván a la cabeza, dando desaforadas voces, penetraron tumultuosamente en «La Rosa de Jericó». En el interior del «bulín», Juan Ponce, atendido por Débora, que tenía los ojos arrasados en llanto, agonizaba.

—¡El «premio grande», Juan Ponce!—gritaban, agitando la lista oficial—. ¡Nos ha tocado el «premio grande»!

Juan Ponce, haciendo un gran esfuerzo, se incorporó. Y sacando los dos billetes de uno de los bolsillos, se los entregó a Emilio.

—Tomad—les dijo—, aquí tenéis los ciento veinte mil pesos. ¡Qué alegría tan grande me dais! ¡Y ahora, marchaos todos a España, a Europa!

—¿Y tú, Juan Ponce?—exclamaron todos, horrorizados, advirtiendo lo que ocurría.

—Yo... —murmuró débilmente Juan Ponce, desplomándose—. Yo me muero... Yo me quedo aquí... en América... para soñar eternamente con Europa...

Enrique DOMÍNGUEZ RODIÑO

Ilustración de BARTOLOZZI.

EDITORIAL «MUNDO LATINO»

Apartado 502.—MADRID—Sagasta, 14

Últimas novedades:

	Pesetas.
DOCTOR JUARROS: Las hogueras del odio.....	5
GUTIÉRREZ-GAMERO: Sitilla.....	4
El corregidor de Almagro.....	4
VERLAINE: Carlos Baudelaire.....	4
GUIDO DA VERONA: Yvelise.....	5
MARCELINO DOMINGO: La isla encadenada.....	4
ANTOLÍN LARDI: La mejor cocina.....	5
PÉREZ DE AYALA: Tinieblas en las cumbres.....	5

EN TODAS LAS LIBRERÍAS Y ESTACIONES
RIVADENEYRA, Gran Vía, 8
PIDANSE CATÁLOGOS.—ENVÍOS A REEMBOLSO

INDUSTRIALES Y COMERCIANTES

El Banco Español, el único en España industrial y mercantil, constituido a base cooperativa y promotor de empresas:

Compra en total o en participación toda clase de negocios para desarrollarlos a base de sus elementos financieros y de cooperativismo. Los que tengáis alguna propiedad o industria que queráis explotar más ampliamente o de la que queráis desprenderos, bien en su totalidad, bien en parte, dirigiros hoy mismo, sin dejarlo para mañana, al Banco Español.

Va a montar sucursales en todas las principales poblaciones de España, y necesita promotores y directores para las mismas. Los que os creáis con personalidad, aptitudes y relaciones bastantes para ponerlos a su frente, dirigiros en seguida al Banco Español, pidiéndole antecedentes.

Va a enviar en breve agentes vendedores a América con muestrarios españoles para organizar allí el intercambio con España y recabar pedidos. Los que queráis aquellos mercados o fomentar vuestras ventas, tanto en el interior de España como en aquellas Repúblicas, dirigiros inmediatamente al Banco Español.

La correspondencia al Secretario del Banco

Avenida del Conde de Peñalver, 24 (Gran Vía)

y Caballero de Gracia, 23. — MADRID